

La página viva

Las máscaras fantasmales

José de la Colina

Bouligneaux, teniente general, y Wartigny, mariscal de campo, hombres de gran valor y muy singulares, murieron en batalla frente a Veruey. El invierno anterior se había confeccionado muchas máscaras de cera y al natural de personas de la corte, quienes las portaban bajo otras máscaras, de modo que, si se desenmascaraban, uno quedaba engañado tomando la segunda máscara por el rostro real, pero había debajo el rostro verdadero y diferente; y esta broma divertía mucho. En este invierno hubo aún más diversión. Grande fue la sorpresa cuando alguien halló estas máscaras bien conservadas, excepto las de Bouligneaux y Wartigny, las cuales, si bien conservaban su perfecto parecido, tenían la palidez y la rigidez de personas que hubiesen recién muerto. Con esas caretas aparecieron una noche de baile, y causaron tal horror que se intentó mejorarlas con un tinte rojo, pero éste se desvanecía inmediatamente y la rigidez no menguaba. El hecho me pareció tan extraordinario que he creído que merecía ser reportado, y lo hago porque toda la corte y yo fuimos testigos estupefactos de tan extraña singularidad. Finalmente, se tiraron las dos máscaras.

Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon (París, 1675 - París, 1759), fue, bajo el reinado “solar” de Luis XIV, brigadier de mosqueteros a caballo, oficial militar en dos importantes batallas (Namur y Neerwinden) y luego embajador en la corte de España, a la que admiraba por causa de su etiqueta y las elegantes vestimentas en negro. Sus pasiones íntimas eran la monarquía francesa como el mejor de los sistemas y las jerarquías aristocráticas y el ceremonial de la no-



Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon

bleza, formas dizque perfectas de un orden del mundo.

Voluntario espía de la vida de palacio con fino oído para el rumor de las antesalas, cronicó minuciosamente las intrigas, los vaivenes y la chismosería de la vida cortesana en Versalles, y su principal manía fue la escritura de sus *Memorias*. Torrencialmente memorioso y grafómano desde los diecinueve años hasta su muerte a los ochenta, pasaría noches insomnes moviendo la pluma de ave que sólo en el tiempo de un parpadeo se alzaba del renglón escrito para ir a picotear en el tintero e inmediatamente volver a susurrar sobre el papel. De él dijo Chateaubriand, uno de sus primeros descubridores, que “escribía *à la diable* [atropelladamente] para la posteridad”. ¿Pero pensaba el duque en la posteridad? Más bien se complacía en habitar sus recuerdos y en volver la espalda al siglo XVIII (que en su segunda mitad sería el de Locke, el de Leibniz, el de Voltaire y Diderot y la Enciclopedia, es decir: el Siglo de las Luces), pero, cortesano agradecido o rencoroso, historia-

dor y redactor incorrecto, cronista aburrido o divertido, a veces trivial y a veces agudo, y particularmente gran observador (¿o inventor?) de los caracteres e intrigas de personas, personajillos y personajes, iba convirtiéndose en un gran cronista y en un escritor cuya modernidad sería descubierta por Stendhal, Saint-Beuve y Proust (en quien influyó con sus largos y culebreantes párrafos), y por Jean Cocteau, Blaise Cendrars, Julien Gracq.

Saint-Simon sazónaba el poderoso torrente de su prosa con greguerías o caricaturas que ponían en pie a Bélébat, “un a modo de elefante en cuanto al cuerpo, un a modo de buey en cuanto al espíritu”, a Fagon “gruñendo acaracolado sobre su bastón”, a Marlborough “vegetando entre sus apoplejías”, a Madame de Chaulnes, “una especie de guardia suizo vestido de mujer”, a D’Estrées, “una botella de tinta demasiado llena que, de pronto derribada, vierte cataratas y charcos”, a Villeroy “piafando y pavoneándose como un caballito de carrusel”...

Voluntario espía de una minihistórica realidad cortesana que iría apagándose desde que se apagó el *Roi Soleil*, Saint-Simon entristecía y se llenaba de una especie de abstracto rencor cuando, a medida que escribía, iba previendo la fugacidad, el anacronismo y la final evaporación de aquel tiempo pasado en el que se refugiaba del viento y los torbellinos de la Historia ejerciendo su memoria vampírica y su pluma afilada. Quizá la percepción de la fantasmalidad de un régimen dizque perfecto, o de cualesquiera regímenes, lo motivó a registrar esa anécdota, ese casi cuento de *non-fiction* con máscaras fantasmales que gustosamente habrían firmado algunos de los grandes románticos, digamos Von Armin o Nerval o Poe. Y, aunque fantasmal, la página vive. ▮